

distinción al valor militar, divisó en el grupo a un hombre en silla de ruedas; con delicadeza singular, le preguntó por su salud, dedicándole algunas palabras de consuelo. Al final del homenaje se descubrió que era un inglés que sufría de reuma y que jamás había estado en acciones de guerra" (pág. 174). De este hecho, se deduce una vez más que las apariencias engañan.

Indudablemente que son muchos los aspectos dignos de ser comentados y en forma debida de las *Jr. Crónicas*, de René Silva Espejo, pero ante la imposibilidad de hacerlo, valga la siguiente generalización: en todas ellas su autor conjuga la seriedad y la gracia, desborda un sano optimismo, escribe con una corrección ejemplar, sabe sacar partido de situaciones que otros estimarían áridas por completo. Escribe en "Oratoria fúnebre", que en los entierros siempre quedará un grupo de deudos, cuyo deber no es otro que "estrechar con efusión la mano del orador casi solitario, descando en el fondo apretarle el cuello". ¿Qué cabe, entonces, sino sorprenderse de la agudeza de Jr.?

Los políticos, los médicos, los oradores, las mujeres, todos tienen en estas páginas reparos inteligentes, críticas perspicaces, alfilerazos sutiles, que, como escribe acertadamente el prologuista Antonio R. Romera, "no muerde ni hiere", porque el humor y la sátira han sido concebidos para alejar al lector de las preocupaciones que los agobian y contribuyen a irritarlo.

En medio de las inquietudes y la angustia contemporánea, reflejadas en una literatura de sombrías y alucinantes proyecciones, también aparecen obras que han sido escritas con propósitos bien diferentes. En buena hora, pues ya hay suficientes narraciones y ensayos grises, opacos, terriblemente serios. De pronto surgen libros livianos, de intenso contenido humorístico que nos apartan, siquiera por instantes, de la problemática complicada de la literatura actual. Bienvenidos.

En el caso de René Silva Espejo, a sus condiciones de gran periodista, une las de humorista de rancia estirpe, por lo cual y en vista de esa dualidad tan singular, está llamado a instruir y a regocijar, condiciones que nacen de un notable y multifacético talento.

Tomás P. Mac Hale.

<https://doi.org/10.29393/At394-141DOEN10141>

*El don obscuro*, poema de FRANCISCA OSSANDÓN.

Ediciones Lírica Hispana. Caracas, 1961

Un camino torturado, donde el relámpago nos enceguece de pronto y la sombra permanece traspasada de una vibración musical —hálito quemante, sollozo contenido—, que nunca alcanza a romperse, que se resuelve en un acorde profundo, grave, uncioso.

Con respeto nos adentramos por este camino: nombres, amadas sombras nos penetran. Italia surge desde las palabras precisas, ajenas a la retórica. Una Italia mirada hacia adentro, viva en la carne, estremecida en el verso que no la describe, sino que la coge para mostrarla en su intensidad, como si formara un mismo ser con el alma de la escritora.

¿Qué poeta fue a Italia que no sintiera su fascinación? Goethe exclama recordándola:

*“¿Conoces el país donde florece el limonero?  
En el oscuro follaje las naranjas de oro arden.  
Un suave viento sopla del cielo azul.  
El mirto está tranquilo y alto el laurel  
¿Lo conoces bien?”*

Las palabras de Francisca Ossandón iluminan rostros fantasmagóricos; abren una ventana hacia el tiempo, hacia la muerte, hacia el dolor. Guiados por su voz, caminamos sobre las piedras de la Vía Apia antigua y sentimos correr bajo los pies el río de los desaparecidos, sus sandalias presurosas, su canto descuidado, sus palabras de amor:

*“Piedras, cantos, pinos,  
en latente prisa ávida.  
Aquí me hallo sin horas,  
sin cuerpo.  
Las huellas caen como hojas.  
Voy por arenados regresos,  
por sombras que hablan otra lengua”.*

El tiempo se detiene. Sobre la ruta milenaria los automóviles modernos, los camiones gigantescos, se deslizan veloces. Su estruendo no alcanza a apagar el coro que se levanta desde las piedras gastadas y que nos deja allí suspensos, clavados a ese mundo desaparecido, “sin horas, sin cuerpo”, caminando entre “sombras que hablan otra lengua”.

Estamos ahora junto a la Fontana de Trevi. Allí van todos a arrojar su moneda de buen augurio y de regreso. Las palabras de Francisca Ossandón nos la acercan transfigurada, con alada maestría:

*“El agua nace de labios  
que en puertas de silencio cantan.  
Camino y me sigue la tierra,  
a la tierra, la sombra del agua . . .”*

Hay un secreto ritmo en las palabras, un sonido que da la sensación justa del caer del agua. Volvemos a encontrar este ritmo en el poema sobre la Villa D’Este, “Agua construida”. Pero aquí es más intenso: agua que nace de una entraña viva, que despierta una sed nunca saciada:

*El agua baila como un cuerpo  
alejado de las horas,  
y en su inmovilidad vertiginosa  
labios increíbles  
murmuran un silencio entre las voces.*

*Sin embargo, creo,  
creo en una llama húmeda,  
en un fuego  
amarrado a la piedra,  
en una torre incendiada y errante  
que llevo de la mano  
entre mis ecos.*

Ahora su voz se hace más grave: pareciera coger, por momentos, el tono y las palabras que usaba el coro en las tragedias griegas: "El bosque cifrado", uno de los más hermosos poemas del libro, nos conduce hasta los templos de Paestum. Volvemos a contemplar, sobre la llanura dulce, entre la fina hierba y las flores silvestres, las construcciones gigantescas, sus columnas desafiantes; las callejuelas empedradas, ceñidas por el laurel rosa. Es como si un alud de sombras y de voces nos inundara. La garganta se anuda y toda expresión se empéqueñece:

*Camino y mis manos  
separadas del cuerpo  
aprisionan los aires  
deshojados.  
Estos árboles son huesos de la  
tierra.  
Camino y descienden edades sobre mí  
y escucho un grito  
hecho de palabras derrumbadas.  
Mi cuerpo se enciende  
como un cirio  
que subiera de raíces cortadas.  
Lloro como si quisiera  
empapar la vida ausente,  
siento  
latir en mí la tierra castigada.*

Todo el amor humano vibra en esta criatura que llora abrazada a la tierra; o que en su exaltación, "con las manos separadas del cuerpo", aprisiona "los aires deshojados"; que escucha resbalar sobre estas columnas las "palabras derrumbadas" que cayeron hacia la noche eterna. ¡Oh, palabras derrumbadas! ¿Cómo no sentir su latido en las piedras? ¿Cómo no mirar con desgarramiento, esperando que nuestra propia sangre haga surgir de nuevo "la vida ausente"? ¿Pasaremos como aquellas voces, con nuestras ansias, con nuestros dolores, con nuestro amor, y, cuando vengan otros, sólo quedarán columnas, muros, para responder a las interrogaciones?

*Escucho rumores sin voces en los oídos del sueño  
Los dormidos se alzan sin dejar los lienzos  
La mano más tierna alarga hacia mí sus dedos,  
sus rayos que se doblan  
antes de alcanzarme.*

Las palabras de Keats, en la "Oda a la urna griega", están próximas. No se trata de influencia. El parentesco está en la gracia semejante, en el dolor que quisiera guardarse, en el mismo deseo de eternidad. "Las músicas oídas son dulces, pero más dulces son las no oídas. Seguid sonando pues, ¡oh caramillos blandos!, no al sentido; más tierras suenan al espíritu las canciones sin notas".

Hemos dejado para el final el poema que inicia el libro: "La noche más próxima". Nos parece como un símbolo de la vida humana:

*Duermo sobre voces inmóviles  
vuelo sobre una noche que se quema  
en los cirios,  
toco el borde de una tierra encadenada  
a otra vida,  
a otro espacio sombrío donde la soledad  
es incansable.*

Es el comienzo del viaje, como el comienzo de la vida. El Sahara se extiende bajo las alas del avión, mientras "la arena levanta catedrales" y desaparecen las huellas. Exclama: "Esta es mi noche entre todas las noches, noche recortada y seca". "¿Quién detiene el asedio de los signos?"

Sentimos ese viejo ciego que es el paso del hombre sobre la tierra, con "una mariposa cegada" jugando entre los dedos; con "voces inmóviles", voces que permanecen detenidas en el aire, que escuchamos sin comprender exactamente. Es la barrera invisible, que torna "incansable la soledad".

Dejamos a los críticos la tarea de señalar, por ejemplo, la forma en que Francisca Ossandón usa el adjetivo, qué nuevo, qué inesperado, es siempre; o la manera original en que rompe a veces el ritmo, buscando un dramatismo más hondo. Nosotros sólo queremos agradecer: un ser privilegiado nos fue iluminando con luz atrevida imágenes amadas. Fundido a ellas nos entregó su propio espíritu y recogió como un viento poderoso el clamor de mundos desaparecidos.

*Eliana Navarro.*

*Historia bibliográfica de la novela chilena*, de HOMERO CASTILLO y  
RAÚL SILVA CASTRO  
México, Ediciones De Andrea, Colección Studium. 215 p.

Los críticos y bibliógrafos Homero Castillo y Raúl Silva Castro han publicado recientemente un completo fichero de la novela y el cuento chilenos, desde sus comienzos hasta el año 1957. Hemos recibido con júbilo y satisfacción, a la vez que un sincero agradecimiento, este libro, prodigio de espíritus acuciosos; es una obra de benedictinos.

Los autores mencionados abren nuevos surcos en la literatura como investigación hecha con el rigor científico del mundo moderno y que tanta falta hace por estas latitudes de la América Latina.